

Vacaciones de invierno

Luis Fernando Rangel*

Tú no te irás, mi amor, aunque lo quieras.

*Tú no te irás, mi amor, y si te fueras,
aún yéndote, mi amor, jamás te irías.*

Rafael Alberti



Alba me pide que imagine el mar. Está observando la pared de la sala: azul. Las manchas irregulares de pintura parecen dibujar pequeñas olas. Trato de imaginarlo. Cierro los ojos y escucho a las

aves graznar. También escucho cómo sopla el viento. El mar está tranquilo.

—Imagínate el mar —dice. Sigue con la mirada fija en la pared. Su voz es suave, como las olas que imagino. Pienso en las aves cantando.

En la pared hay un cuadro como en los restaurantes de mariscos: dos palmeras ladeadas y un atardecer en el mar. Afuera hace frío. Ella se detiene frente a mí y me observa. La imagino

como una niña caminando cerca de las olas. Me gustaría levantar la vista y ver el vuelo de las aves, pero sólo me encuentro con el techo húmedo donde se dibujan pequeñas nubes negras. Pronto lloverá. Pienso en las tormentas que azotan las playas. Me asustan los huracanes. Sin embargo, me imagino el mar en calma. Alba siempre me ha parecido misteriosa.

Ella cierra los ojos y levanta ligeramente el rostro. Afuera el aire húmedo amenaza con la lluvia y ella piensa en la brisa mojando su cuerpo. Alba es pequeña. Tiene el rostro blanco salpicado apenas por un par de pecas, los ojos grandes y ligeramente claros, contrastando con lo grueso de sus cejas oscuras. En la mejilla derecha, apenas debajo del ojo, tiene un lunar que me hace pensar en las estrellas. Le gusta sonreír aunque ya no lo hace. Recuerdo cuando la conocí. Ese día no llovió y no pensaba en la brisa mojando mi cuerpo, sino el sudor que me corría a chorros por el rostro y el sol que bañaba todo. Ella llevaba un ves-

Fecha de
recepción:

2020-05-29

Fecha de
aceptación:

2020-06-13

EN
TOR
NO

14

* Licenciado en Letras Españolas por la Universidad Autónoma de Chihuahua. Actualmente es Jefe de Unidad Editorial en la Facultad de Filosofía y Letras de la UACH.



tido rojo. La recuerdo a la perfección. Sonreía y se movía con nerviosismo por el auditorio.

Ahora la veo caminar con seguridad, despacio, como si recorriera la playa. Parece que a cada paso hunde sus pies en la arena. Se adentra en la habitación como quien entra al mar. Inspecciona que todo esté en orden. No sé nadar y ella parece ser experta. Se para sobre las puntas de sus pies y estira el cuello mientras abre los ojos lo más que puede. Extiende ligeramente las manos a los costados para mantener el equilibrio; parece que va a volar. Pienso en las aves que cruzan el cielo, como en la foto que cuelga en nuestra habitación y que tomé unas vacaciones de verano, muchos años antes de conocer a Alba: una parvada de golondrinas se pierde a lo lejos. Si se lo dijera de seguro no le causaría gracia, pero igual suelto una ligera carcajada. Ella ni siquiera se da cuenta. Sigue buscando en la habitación. Entrecierra los ojos, se lleva la mano a la cabeza y sacude su melena. Siempre está despeinada. Imagino que unas gotas de agua me salpican.

No sé qué busca: el ropero sigue en su sitio guardando las camisas a cuadros y los vestidos de flores; en el buró está la agenda, las pastillas y la funda de los lentes; en la cómoda siguen los pasaportes sin sellar porque nunca hicimos el viaje al extranjero que nos prometimos; sobre el peina-dor reposan algunos perfumes y algunas figuras de porcelana. No sé qué le preocupa.

—¿Qué buscas? —le pregunto.

Su rostro se mantiene estático. Parece que hablo solo. Me doy cuenta que en el ropero nunca hemos guardado trajes de baño. A los dos nos gusta viajar, pero nunca hemos salido del departamento. Nos prometimos ir a la playa a ver el mar fluorescente de las costas del Caribe. Vuelvo a imaginar el mar: tal vez Alba busca conchas o piedras que las olas han arrastrado.

Ella, sin darme importancia, baja la cabeza y pasea la mirada por el suelo. Repasa las cerámicas cuadro por cuadro. En la habitación hay ciento cuarenta y tres cuadros. Lo sé porque los conté una madrugada que no podía dormir. Ella sigue viendo el piso como



EN
TOR
NO



su hubiera trazado un avión a gis para jugar y recorrer a saltos el dormitorio. Alba no sabe cuántos cuadros hay. Me quedo viendo el suelo. Recuerdo mis pasos torpes e infantiles sobre las líneas blancas y me imagino a Alba dando grandes saltos de cuadro en cuadro como si estuviera a punto de volar. Insisto. Le pregunto qué busca y me responde que nada, pero sigue paseando la mirada por cada rincón.

—Por favor, dime. Te conozco. Sé que estás buscando algo.

Sigue negándolo mientras juega al cazador. Enfoca la mirada como quien apunta un arma. Me siento como la presa. Me encojo de hombros y no me muevo.

Recuerdo la primera vez que salimos. Era una noche octubre. Fuimos a un café y ella pidió un chocolate porque el café le ocasionaba migraña. Yo pedí lo mismo. Esa noche no pude dejar de ver sus ojos. Le dije que brillaban mucho y ella me respondió que era por la luz de lugar. Salimos del café y nos besamos. Ahora en nuestros ojos brillaba la luz del semáforo.

—Nada, entiende —me dice mientras se lleva la mano a la frente—, no busco nada.

No me queda otra opción que aceptar su respuesta, pero de igual manera le pregunto la hora. Son las siete de la tarde, lo sé, pero quiero escucharla decir algo. Que diga, por ejemplo, que tiene ganas de que vayamos a cenar hamburguesas al restaurante que está frente a nuestro departamento.

—¿Qué hora es? —lanzo la pregunta.

—Ahí está el reloj —. Con la cabeza señala a la pared—. Puedes ver la hora.

—Son las siete —digo sin siquiera voltear a verlo.

—Sí, ya es tarde —responde y sale de la habitación.

Tiene razón. Ya ha oscurecido y sobre la calle cae una ligera llovizna. La gente va abrigada.

—Sí, es tarde —repito, apenas murmurando, y trato de imaginar el mar.

Ahora soy yo quien ve la pared azul mientras pienso que Alba nunca ha usado el reloj del pulso que le regalé.

Me dirijo a la ventana para ver el restaurante. Hace frío. La ventana del departamento está empañada. Con el dedo dibujo un cuadro —otra pequeña ventana— y me asomo al mundo: por la calle corre un riachuelo y los peatones caminan con cuidado de no mojarse. Repaso detenidamente a los comensales del restaurante. Una mujer bebe café, sostiene la taza con fuerza y la mueve apenas lo suficiente para llevarla hasta su boca, lleva guantes y una bufanda rodeándole el cuello. Enseguida hay un hombre viejo de barbas color plata y sombrero de paja. En una mesa —la más cercana a la calle— una pareja se mira como si fuera su primera cita. Las aves reposan en la fuente. Un auto cruza y salpica unas cuantas gotas de agua. Algunas aves se van y otras se quedan.

Alba me interrumpe como si le molestara encontrarme frente a la ven-

tana. Si se diera cuenta de que trato de imaginar el mar, tal vez me hablaría diferente. Pero ella no sabe que imagino el mar.

—Fernando —llama desde la sala—, ven.

Paso la mano por el cristal de la ventana para borrar aquel pedazo del mundo que acabo de descubrir.

—¿Y mis libros? —me pregunta en cuanto llego.

Está sentada al filo del sofá. Reposo sus codos en las piernas y el rostro sobre las manos. Trato de recordar en dónde están los libros. Son los tomos de la biblioteca clásica de Gredos. Siempre quiso estudiar filosofía o arte, pero prefirió algo más práctico y terminó estudiando ingeniería mecánica. También alguna vez quiso dibujar, pero el dibujo le fue negado. Recuerdo que una tarde trató de hacerme un retrato y apenas trazó unos garabatos que insinuaban una silueta. Nos reímos y decidimos enmarcar aquella obra de arte. Una tarde lo descolgó de la pared y lo guardó en una caja.

—Ayer los dejaste en la mesa, ahí deben seguir.

Mi respuesta no le importa. Se pone de pie y se da la vuelta. Sigue buscando. Se asoma al comedor y después se dirige a la habitación.

—Dime, ¿dónde están mis collares?

Se rasca la nuca y luego desliza su mano desde el cuello hasta la barbilla. Ayer llevaba puesto un collar que le regaló su madre cuando se graduó de la universidad. Nunca usó los aretes que le regalé cuando recién comen-

zamos a salir. Cometí la equivocación de no fijarme en la perforación de su oreja y comprar unos aretes ajustados que nunca pudo usar y guardó en el cajón del buró.

—No lo sé, en la caja donde guardas tus cosas, supongo.

No me escucha. Ahora yo soy el que se ha sentado en el sofá. Me cruzo de brazos y me dejo caer entre las almohadas. Ella camina por toda la casa. Hasta parece un fantasma. Al verla pienso que está flotando. Sus pies son ligeros, silenciosos.

—Fernando —insiste—, mi vestido rojo, ¿dónde está mi vestido rojo?

Lleva puesta una camisa blanca del curso de verano que impartió hace dos años. Pasea por la casa en pantalona: los vestidos de flores se empolvan. Yo llevo puesta la camisa del trabajo y el pantalón del pijama: las camisas a cuadros ya ni siquiera me cierran.

—¿Dónde más? —le respondo—, en el ropero.

—Fernando —continúa diciendo—, dime ¿dónde están las cosas?

Dice *las cosas* como si dijera *todo* o *nada*.

—No sé —respondo, cansado.

Luego de recorrer la casa por más de siete veces, se atreve a hablar.

—Aquí está todo —dice. Y sonrío.

En una mano sostiene una bolsa negra y en la otra una maleta. Pienso que en la bolsa negra carga la ropa como se carga un cadáver. Suspira, largamente. Sé que está pensando en el mar. La puerta está entreabierta. Se despide de




mí. Se ha puesto un suéter largo y pienso que las mangas que cubren por completo sus manos parecen alas.

—Adiós, Fernando —dice antes de cerrar la puerta. Me llama por mi nombre, como si fuera una forma de castigarme y anunciarme que ha comenzado a olvidar las otras formas en que nos llamábamos—. Cuídate.

El silencio comienza a llenar la casa. Veo la pared azul e imagino el mar. El invierno es difícil; algunas personas soportan el frío y otras no. Pienso en ponerme el abrigo que se empolva en el ropero, debajo de las camisas a cuadros. Recuerdo la últi-

ma vez que usé una, dos años atrás. Esa noche también hizo frío y fuimos a beber al bar que estaba a dos cuadras del departamento y que ahora es una bodega vacía. Tiemblo mientras me froto los brazos.

Enciendo la televisión para que llene de ruido la casa y lo primero que escucho es que mañana nevará. Por lo pronto voy a la habitación a buscar el abrigo mientras, de vez en vez, miro por la ventana. Adentro de la casa el clima es agradable. Esta noche iré a cenar hamburguesas al restaurante de enfrente. Alba ya no va a volver. El mar está muy lejos de este departamento. 



EN
TOR
NO

